

## Emilia Pardo Bazán: «Pena de muerte»

MARINA MAYORAL

—Casualmente la víspera —empezó a contar el sargento de guardias civiles, apurado el vaso de fresco vino y limpios los bigotes con la doblada servilleta— había ya caído en la tentación, ¡cosas de chiquillos!, de apropiarme unas manzanas muy gordas, muy olorosas, que no eran mías, sino del señorito; como que habían madurado en su huerto. Les metí el diente; estaban tan en sazón, que me supieron a gloria, y quedé animado a seguir cogiendo con disimulo toda fruta que me gustase, aunque procediese de cercado ajeno.

Cuando el señorito me llamó al otro día, sentí un escozor: «Van a salir a relucir las manzanas», pensé para mí; pero pronto me convencí de que no se trataba de eso. El señorito me entregó su escopeta de dos cañones, y me dijo bondadosamente:

—Llévala con cuidado. Mira que está cargada. Si te pesa mucho, alternaremos.

Le aseguré que podía muy bien con el arma, y echamos a andar camino de las heredades. En la más grande, que tenía recentitos los surcos del arado (porque esto sucedía en noviembre, tiempo de siembra del trigo), se paró el señorito y yo tam-

bién. El levantó la cabeza y se puso a registrar el cielo.

—¿No ves allí a esa bribona? —me preguntó.

—¿A quién?

—A la «garduña»...

—Señorito, no. Son cuervos; hay un bando de ellos.

En efecto, a poca altura pasaban graznando cientos de negros pajarracos, muy alegres y provocativos, porque veían el trigo esparcido en los surcos y sabían que para ellos iba a ser más de la mitad. (¡Pobres labradores!) El señorito me pegó un pescozón en broma, y me dijo:

—Más arriba, tonto; más arriba.

Allá, en la misma cresta de las nubes, se cernía un puntito oscuro, y reconocí al ave de rapiña, quieta, con las alas estiradas. Poco a poco, sin torcer ni miaja el vuelo, a plomo, la garduña fue bajando, bajando, y empezó a girar no muy lejos de donde nos encontrábamos nosotros.

—Dame la escopeta —ordenó el señorito.

Obedecí, y él se preparó a disparar; solo que la tunanta, de golpe, como si adivinara, se desvió de la heredad aquella, y cortando el aire lo mismo que un cuchillo, cácala perdida de vista en menos que se dice.

—Nos ha oído la maldita —exclamó el señorito, incomodado—. El jueves, que no traía yo escopeta, estuvo más de una hora burlándose de mí. Sólo le faltó venir a comer a mi mano. Fija a diez pasos, muy baja, haciendo la plancha y clavando el ojo en un sapito que arrastraba la barriga por el surco, hasta que se dejó caer como un rayo, trincó al sapo entre las uñas y se lo llevó a lo alto de aquel pino que se ve allí. ¡Buena cuenta habrá dado del sapo!

Y hoy, en cambio, ¡busca! Nos va a embromar la condenada... ¡Calla, que vuelve!

Volvía, y tanto volvía, que se plantó lo mismo que la primera vez, recta sobre nosotros. Sin duda, le tenía querencia al sitio, y en la heredad aquella encontraba la mesa puesta siempre. El señorito tuvo tiempo de apuntar con toda calma, mientras la rapiña abanicaba con las alas, despacito, avizorando lo que intentaba atrapar. Por fin, cuando le pareció la ocasión buena, el señorito largó el tiro... ¡Pruum! A mí me brincaba el corazón, y al ver que el pájaro «hacía la torre», dando sus tres vueltas en redondo y abatiéndose al suelo lo mismo que una piedra, pegué un chillido y por nada me caigo también.

—¿Qué haces, pasmón, que no portas? —me gritó el señorito.

Eché a correr, porque ya usted ve que no podía desobedecerle; pero me temblaban las piernas y se me desvanecía la vista. ¿Sabe usted por qué? Por la conciencia negra; porque se me venían a la memoria las manzanas, y me escarabajaban allá dentro el miedo al castigo. Recogí el ave, y al levantarla me acuerdo que me espanté de reparar que estaba ya fría por las patas y el pico. Era un animal soberbio; medía tres cuartas de punta a punta de las alas; la pluma, canela claro con unos toques castaños primorosos; el pico, amarillito, y las uñas, retorcidas y fuertes, que parecía que aún arañaban al tiempo de agarrarlas yo. Le miré a los ojos, porque sabía que estos bichos tienen una vista atroz, finísima, como la luz. Los ojos estaban consumidos, deshechos y alrededor se notaba una humedad..., a modo como si el animalito soltase lágrimas...

—Venga aquí esa descarada ladrona —ordenó el señorito—. La vamos a clavar por las alas para ejemplo. ¿Qué es eso, rapaz? Se me figura que te da lástima la pícara.

Me eché a llorar como un tonto. Usted dirá que no es creíble. Pues nada, me eché a llorar; pero no por la muerte del pájaro, sino porque me miraba en aquel espejo, y creía que también iban a pegarme a mí un tiro con perdigones, y que me desparraría en el sembrado, con el hocico frío y los ojos vidriados y derretidos casi: Veía a mi madre llegar dando alaridos a recogerme, y a mis hermanas que al descubrir mi cuerpo se arrancaban el pelo a tirones, pidiendo por Dios que al menos no me clavasen en un palo para escarmiento de los que roban manzanas. ¡Ay, clavarme, no! ¡Sería una vergüenza tan grande para mi familia y hasta para la parroquia!

Admirado el señorito de mi aflicción, y creyendo que la causaba el triste fin del avechucho, me pasó la mano por el carrillo y me dijo riéndose:

—¡Vaya un inocente! ¡Tanto sentimiento por la raída de la garduña! ¿Tú no sabes que es un bicho ruin, que se merienda a las palomas? ¿No viste las plumas de la que se zampó el domingo? De los ladrones no hay que tener compasión.

En vez de quitarme el susto, estas palabras me lo redoblaron, y sin saber lo que hacía ni lo que decía, me eché de rodillas y confesé todo mi delito; creo que si no lo hago así, en seguida, reviento de angustia. El señorito me oyó, se puso serio, me levantó, me colocó en las manos la escopeta otra vez y, dejando el ave muerta sobre el vallado, me dijo esto (juraría que lo estoy escuchando aún):

—Para que no te olvides de que por el robo se va al asesinato y por el asesinato al garrote..., anda.

aprieta ese gatillo... y pégale la segunda perdigonada a la tunantona. ¡Sin miedo!

Cerré los ojos, moví el dedo, vacié el segundo cañón de la escopeta... y caí redondo, pataleando, con un ataque a los nervios, que dicen que daba pena mirarme.

Estuve malo algún tiempo; el señorito me pagó médico y medicinas; sané, y cuando fui mozo y acabé de servir al rey, entré en la Guardia Civil.

(«Pena de muerte», en *Historias y cuentos de Galicia, Obras Completas*, tomo I, Madrid. Editorial Aguilar, 4.<sup>a</sup> ed., 1964, pp. 1352-1354.)

EL cuento, que no es de los mejores de la Pardo Bazán, ni siquiera de los más conocidos, es, sin embargo, un buen ejemplo de su habilidad narrativa y de su dominio de la técnica.

La autora nos hace oír la voz de un narrador, que es el protagonista del relato. Voluntariamente se retira doña Emilia tras su personaje, y su toma de postura ante los hechos se limita, casi exclusivamente, a conceder la palabra a ese hombre. Pero fijémonos bien en cómo lo hace, porque en todo buen narrador —y la Pardo Bazán lo es— la estructura está potenciando unos determinados contenidos.

Nosotros vamos a ser testigos, por obra y gracia de la estructura narrativa, de una conversación ajena, probablemente familiar. ¿Quién es ese «usted» («Ya usted ve que no podía desobedecerle»; «¿Sabe usted por qué?») a quien se dirige el sargento? No lo sabemos, pero, desde luego, no somos nosotros, que estamos ahí como el comensal aburrido y solitario que, en un restaurante, escucha a sus vecinos de mesa, sin intervenir en la conversación, pero, naturalmente, sacando conclusiones de lo que

oye. La habilidad de la autora se ve en la forma de implicarnos en el relato de una manera indirecta, sin dirigirse, en apariencia, a nosotros.

¿Dónde se encuentra ese sargento de la Guardia Civil? La referencia a la «doblada servilleta» nos aleja de un ambiente de cuartel o taberna y nos lleva más bien hacia una reunión casera o amistosa, de sobremesa («Apurado el vaso de fresco vino»).

La primera palabra que llega a nosotros («Casualmente») va a atraer nuestra atención sobre un punto que después se revelará fundamental: el azar. La coincidencia temporal de dos acciones («La víspera», «Al otro día») condicionará la vida futura del que habla. No es arbitrario el que esa palabra sea la que abre el relato.

Vamos a centrar nuestro comentario en el análisis de la estructura narrativa de este cuento.

Un adverbio modal («Casualmente») constituye un primer marco para el relato, al que sigue inmediatamente otro marco temporal: «La víspera», es decir, el día anterior a algo que se ha mencionado antes y a lo que se volverá a aludir más tarde. Nótese cómo esa «víspera» produce el efecto literario de estar asistiendo a un fragmento de conversación en el que se alude a realidades que no conocemos. Esta técnica fragmentaria será uno de los rasgos de la literatura del siglo veinte.

Todas las referencias temporales son relativas, sitúan temporalmente la acción respecto a otra («la víspera» - «al otro día») pero no de una forma absoluta. Lo mismo sucede con la expresión «cosas de chiquillos», que sitúa la acción en un tiempo pasado, pero también sin referencia concreta a una época determinada. Este rasgo lo analizaremos más adelante, poniéndolo en conexión con otros.

Tras ese marco temporal relativo, viene la presentación del personaje (sargento de la Guardia Civil) y del lugar en el que se habla; aunque, más que de lugar, dada la

escasez de notas descriptivas, hay que hablar de alusiones ambientales (el vaso de vino y la servilleta). Hay que señalar la rapidez con que se ha hecho la presentación del narrador y de las circunstancias que le rodean. Este «tempo» narrativo rápido contrastará con los detalles que enriquecen el relato principal, el de la caza de la garduña. Antes de entrar en éste, se nos ha dado, también de forma rápida, el relato de lo sucedido la víspera: el robo de las manzanas. A continuación, con la apoyatura de un nuevo marco temporal («Al otro día») se nos da el relato de la caza del ave de rapiña. Este segundo relato se desdobra, desde el punto de vista de la estructura narrativa, en dos series de acciones que tienen lugar simultánea o sucesivamente. Por una parte, se refieren las acciones que podríamos llamar externas: movimientos y diálogos del señorito y del niño. Por otro lado, se nos da el reflejo de esas acciones en el interior del niño: lo que piensa, lo que siente ante los hechos que están sucediendo. Esta aventura interior tiene como antecedente inmediato el primer relato.

La doble serie se presenta, unas veces, en forma simultánea («Cuando el señorito me llamó... pensé para mí»), pero, más frecuentemente, en forma sucesiva; por ejemplo, el señorito dispara contra la garduña, y, a continuación, se nos da lo que siente el muchacho («Creía que también iban a pegarme a mí un tiro»).

El narrador interrumpe varias veces su historia y vuelve al presente mediante referencias o interpelaciones al silencioso interlocutor («Ya *usted* ve que no podía desobedecerle»; «¿sabe *usted* por qué?»; «*usted* dirá que no es creíble»), la primera de las cuales se produce casi justamente a mitad del relato. Esta interrupción creo que obedece a múltiples motivos. En primer lugar, nos recuerda la ficción narrativa del comienzo, el esquema de fragmento de conversación y nuestra postura de oyentes.

Sirve también para implicarnos en el relato, porque muy bien podríamos ser nosotros ese usted que no comprende o se extraña de las reacciones del muchacho. Y, no cabe duda, esas interrupciones tienen una función «dramática», de animación. El salto brusco del pasado al presente, la aparición de un interlocutor, de otra persona a quien se habla, todo ello da dinamismo al relato.

Ya cerca del final, las dos acciones (caza y aventura interior) se unen y se convierten en una sola («me eché de rodillas y confesé todo mi delito»). Desde ese momento, desaparece del relato toda referencia a los sentimientos del muchacho, se nos dan sólo las acciones, las palabras, los gestos de los dos protagonistas, pero ha de ser el lector quien interprete lo que sucede por dentro («cerré los ojos, moví el dedo, vacié el segundo cañón de la escopeta... y caí redondo»). La visión desde fuera se acentúa con la aparición del impersonal «dicen que»... Esta supresión de la intimidad del protagonista, que hasta entonces se nos había dado, no es arbitraria; a la autora le interesa que sea el lector el que saque las consecuencias de esos actos que se le exponen.

Un indicio de que se acerca el final es la vuelta a un «tempo» narrativo similar al del comienzo, muy rápido. Con tres frases se nos da todo el proceso de la enfermedad: «Estuve malo algún tiempo; el señorito me pagó médico y medicinas; sané». Una nueva referencia temporal («Cuando fui mozo») anuncia el tercer episodio de la vida del narrador que, contrariamente a los otros dos, al del robo de las manzanas y al de la caza de la garduña, no va a desarrollar sino, simplemente, enunciar: «Entré en la Guardia Civil». Desde el punto de vista del contenido, en el cuento se nos presentan tres episodios de la vida de un personaje.

Podemos resumir la estructura diciendo que se trata de un fragmento de conversación en la que un hablante ex-



pone tres episodios de su vida. Estos tres episodios están relacionados entre sí por conexiones temporales («la víspera» - «al otro día» - «cuando fui mozo») y todos ellos aparecen enmarcados por una circunstancia expresada por el adverbio «casualmente». Veamos ahora el esquema, para mayor claridad:

Primer marco .....	«Casualmente»
Marco temporal .....	«la víspera»
Sujeto narrador .....	«comenzó a contar el sargento»
Protagonista .....	«había yo»

PRIMER RELATO: ROBO DE LAS MANZANAS

Segundo marco temporal ... «cuando al otro día»

SEGUNDO RELATO: LA CAZA DE LA GARDUÑA

*Lo externo*

*Lo interno*

(Ambiente, gestos, diálogo).	(sentimientos, ideas)
Descripción de la heredad	
los cuervos y la garduña	«sentí un escozor»
incidentes de la caza	«pensé que...»

REFERENCIA AL PRESENTE:	«Ya usted ve que no podía desobedecerle»
	«¿Sabe usted por qué?»
	«se me venía a la memoria»
	«el miedo al castigo»

Descripción de la garduña muerta

REFERENCIA AL PRESENTE: «Usted dirá que no es creíble»

«me miraba en aquel espejo»

«creía que»

«sería una vergüenza tan grande»

Se unifica el relato .....

«Me eché de rodillas y confesé mi delito».

(Sólo lo externo: palabras del señorito y gastos del muchacho.)

«Para que no te olvides»

«cerré los ojos, moví el dedo»

#### TERCER RELATO: ENFERMEDAD Y JUVENTUD

«estuve malo, sané y...»

Tercer marco temporal ..... «cuando fui mozo»  
«entré en la Guardia Civil»

Hay que señalar también, como elemento importante de la narración, la desnudez en la presentación de los personajes, la ausencia de referencias individualizadoras. «El señorito» aparece designado siempre así, por su posición social respecto al otro personaje; no se menciona su nombre ni cualquier rasgo físico o de carácter. Su actitud global puede calificarse de paternalista; tiene poder y manda, pero también protege.

Tampoco el protagonista-narrador está individualmente caracterizado. Es sólo «el sargento de la Guardia Civil» o, por boca del señorito, «tonto», «pasmón», «rapaz» e

«inocente». El único rasgo físico, los bigotes, es demasiado genérico y no basta para darle individualidad.

A esta desnudez de detalles en la descripción de los personajes, hay que añadir la falta de referencias ambientales, tanto presentes como pasadas, y la carencia de un marco histórico para los hechos narrados: ¿dónde viven esos personajes? ¿Quién es este señorito? ¿Dónde están esas heredades? También tenemos que relacionar esto con la vaguedad de las referencias temporales y su carácter relativo, tal como vimos al comienzo. Todo ello da al relato un aire de fábula, de cuento moral, no vinculado a un espacio y un tiempo determinados, sino válido para cualquier lugar y época.

Pasando ya a los contenidos, yo señalaría que el cuento se nos presenta como un hábil alegato a favor de la pena de muerte. Hábil, porque es una argumentación indirecta, que no parece defendida por la autora sino que se deduce de la exposición de los hechos. El miedo al castigo, a la pena máxima, la muerte, es lo que aparta a aquel rapaz del mal camino: «para que no te olvides de que por el robo se va al asesinato y por el asesinato al garrote...»

Antes de esa declaración de principios, la autora nos ha enfrentado de forma espléndida con el fenómeno de la muerte. El contraste entre la belleza y la fuerza de la garduña, viva y poderosa unos segundos antes, y la frialdad y acabamiento del cuerpo que el muchacho sostiene en sus manos, le impresiona a él y también al lector. Fijémosnos bien en que, en ese primer momento, lo que se nos comunica es sólo una vivencia de horror a la muerte. La idea del *castigo* está aún lejana. Esto queda claro si lo comparamos con «la segunda perdigonada», que sentimos como *una ejecución*, y ante la cual la reacción de rechazo es bastante común. En el primer momento eso no sucede, lo que nos impresiona es el hecho de la muer-

te; o quizá sería mejor decir la Muerte, con mayúscula. La admiración del muchacho (y de doña Emilia) por la garduña es evidente: «Era un animal soberbio»; «la pluma, canela claro con unos toques castaños primorosos; el pico, amarillito, y las uñas, retorcidas y fuertes». En seguida veremos repetirse el diminutivo afectivo: «como si el *animalito* soltase lágrimas». Con gran economía de medios, consigue dar la impresión de la muerte súbita, del hilo que se rompe brusca e inesperadamente (las uñas, «que parecía que aún arañaban»), y esos ojos húmedos, como de lágrimas, nos remiten inmediatamente a la esfera de lo humano.

Es, pues, la Muerte, el hecho físico de la muerte de ese animal fuerte y hermoso, lo que en primera instancia nos impresiona. Después, casi en seguida, esa muerte se nos presentará como un castigo, algo que no hubiera sucedido de no haber sido el ave una «descarada ladrona». Por boca del señorito se remachará esta idea: «La vamos a clavar por las alas para ejemplo». Y, a partir de aquí, entran ya las otras consideraciones sociales: «¡Sería una vergüenza tan grande para mi familia y hasta para la parroquia!» Vemos así que el temor, primero, y luego la vergüenza, el deshonor, son los frenos que actúan sobre el posible delincuente.

Hasta aquí todo parece claro. Los problemas, desde el punto de vista ideológico, comienzan al interpretar esa actuación de verdugo a la que el muchacho es obligado por el señorito: «Para que no te olvides... anda, aprieta ese gatillo y pégale la segunda perdigonada a la tunantona». ¿Qué relación guarda este hecho con la posterior decisión de ingresar en la Guardia Civil? Analizando lo que tenemos delante, vemos que la crisis le lleva más allá del —digamos— terreno neutral y le hace pasar de ladrón a policía. Pensemos que la experiencia podía haberle servido muy bien para convertirse en un honrado cam-

pesino, respetuoso de los bienes ajenos. Pero no es así, sino que hay una exacerbación de posturas y, frente al ladrón, nos encontramos al guardia civil, y, por medio, esa crisis de nervios: «Caí redondo, pataleando, con un ataque a los nervios». Siguiendo el hilo del razonamiento podríamos pensar que este sargento de la Guardia Civil es un ladrón reprimido, es un hombre que, por sentir más fuertemente que otros la inclinación al robo, necesita extremar la postura de vigilancia. Un poco al modo de aquellos inquisidores que tenían sangre judía. Y no olvidemos que no fue sólo la muerte de la garduña, sino la ejecución por su mano, la que condicionó su destino futuro.

El tema de la pena de muerte es, por definición, polémico y discutible; creo que Doña Emilia toma, ante él, una postura a favor, pero cautelosa. Cautela me parece el que no sea la voz de la autora sino un personaje el que cuenta la historia. Ante un ataque ideológico, siempre se puede alegar que no es el escritor quien habla, sino un hombre que sufrió una fuerte conmoción en su infancia; no un ciudadano corriente, sino alguien que ya ha tomado postura previamente. Es decir, se trata de una defensa de la pena de muerte desde un punto de vista muy particular: el de un sargento de la Guardia Civil.

Más significativo para la comprensión de la visión del mundo de doña Emilia me parece el encadenamiento casual de los hechos, la presencia del azar como fuerza que mueve la vida humana. Si no se hubiera dado esa coincidencia temporal entre las dos acciones (el robo de las manzanas y la caza de la garduña), si el marqués de Ulloa no hubiera confundido a Nucha con Rita (*Los Pazos de Ulloa*), si Miranda no se hubiera olvidado la cartera en la fonda (*Un viaje de novios*), si la marquesa viuda de Andrade no hubiera ido a San Isidro (*Insolación*) ... la vida de esos seres hubiera ido por otros derroteros. En

el universo de la Pardo Bazán, por encima de los condicionamientos ambientales, de su inclinación al naturalismo, sopla muchas veces un viento azaroso, una extraña y misteriosa fuerza que pone en marcha la aventura o la tragedia.